REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

ELOGIO DE CERVANTES

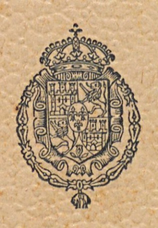
DISCURSO

LEÍDO EN LA JUNTA PÚBLICA Y SOLEMNE DE 24 DE ABRIL DE 1916
PARA CONMEMORAR EL TERCER CENTENARIO DE LA MUERTE DE
MIGUEL DE CERVANTES

POR

DON JULIO PUYOL Y ALONSO

ACADÉMICO DE NÚMERO



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FORTANET
IMPRESOR DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
Calle de la Libertad núm. 29.—Teléf.º 991.

1916

ELOGIO DE CERVANTES

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

ELOGIO DE CERVANTES

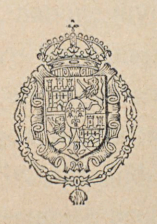
DISCURSO

LEÍDO EN LA JUNTA PÚBLICA Y SOLEMNE DE 24 DE ABRIL DE 1916
PARA CONMEMORAR EL TERCER CENTENARIO DE LA MUERTE DE
MIGUEL DE CERVANTES

POR

DON JULIO PUYOL Y ALONSO

ACADÉMICO DE NÚMERO



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FORTANET
IMPRESOR DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
Libertad, 29.—Teléf. 991.

1916

Señores Académicos:

La Real Academia de la Historia, cumpliendo con sus patrióticas y gloriosas tradiciones, adoptó el acuerdo de asociarse al homenaje que se tributa á Miguel de Cervantes en el tercer Centenario de su muerte y dedicar á su memoria el acto solemne con el que anualmente se celebra la fundación de este Instituto. Llevar su voz en tal instante, es honra excesiva para mí, honra que yo hubiese declinado, á no considerar que por tratarse del primer encargo que me hacía la Academia, no estaba en mi mano aceptarlo ó no, sino obedecerlo como un mandato, aunque tuviera que luchar con no livianas dificultades, entre las cuales, no es, ciertamente, la menor el recuerdo de que por ahora hace once años, y con ocasión y asunto análogos, ocupó esta misma tribuna nuestro llorado compañero el Sr. Fernández de Béthencourt, para leer una eruditísima disertación acerca del grado en que muchos de los más preclaros individuos de este Cuerpo han contribuído al mejor conocimiento del *Quijote;* y si á esto se agrega que desde ha más de un siglo, y á partir del momento en que el nombre de Cervantes comenzó á salir de la fría indiferencia que mereció á los humanistas, los primeros críticos del mundo vienen afanándose á porfía en desentrañar las

cuestiones cervantinas, y que el Centenario de 1905, así como el que ahora celebramos, dieron lugar á que la bibliografía de tales cuestiones aumentase de un modo prodigioso y con raros precedentes en los anales de las Letras, se comprenderá que no es llana la misión que se me confía y que lo modesto de mis fuerzas no alcance á superar el obstáculo que ofrece una materia próxima á ser absolutamente agotada.

Tan copiosa producción es, sin duda, el mejor panegírico que puede hacerse de Cervantes, y lo vario y aun lo contradictorio de los comentarios á que sus obras se han prestado, debe reputarse como la prueba más inequívoca del universal reconocimiento de su genio, ya que es condición de las grandes obras el que sus autores las entreguen, como Dios al mundo, á los juicios y disputas de los hombres; recordemos solamente, por citar algunos ejemplos de esta exuberante diversidad de apreciaciones, que mientras Voltaire aseguró que el tipo de Don Quijote era un trasunto del Orlando de Ariosto, D. Vicente de los Ríos estaba persuadido de que Cervantes con su libro inmortal habíase propuesto imitar á Homero en la *Iliada*, y que en tanto que Pellicer creyó descubrir puntos de semejanza entre el *Quijote* y el *Asno de oro* de Apuleyo, Díaz de Benjumea dió cima á la serie de los trabajos iniciados con *La estafeta de Urganda*, haciendo protagonista de la novela nada menos que al mismo que la escribió. Y no hablemos ya de otro género de comentarios, realmente agobiadores, que pudiéramos llamar de filosofía trascendental, campo abierto á todas las quimeras, porque en este orden forman verdadero enjambre los que han tomado por norte sus estrambóticas manías ó han consentido á su discurso galopar sin rienda, hasta el extremo de que para

memorar no más que los casos indubitablemente disparatados, es decir, aquellos que son reveladores de una demencia aguda y fulminante, sería menester detenerse en formar el inventario mayor espacio del que consiente su interés. ¿Cómo es posible contener la risa, sin perjuicio de sentir profunda compasión, cuando vemos, *verbi gratia,* que uno de aquellos tétricos pensadores, aquejado de la contagiosa dolencia que hace sesenta años invadió las aulas españolas, afirma en un trabajo, de léxico farragoso y desaforado, que en el *Quijote* se plantea y en el *Persiles* se resuelve con solución armónica el magno problema del ontopsicologismo, legado de los filósofos renacientes, ó sea la conciliación de los sistemas platónico y aristotélico? ¿Cómo tomar en serio á los comentaristas que tratando de descifrar los recónditos arcanos que, en su juicio, encierra el libro de Cervantes, ven en el hidalgo la encarnación de la aristocracia conservadora, y personificada la democracia en su escudero, ó cuando hallan en la obra una invectiva implacable contra las Sagradas Escrituras, ó una embozada sátira contra Carlos V, ó cuando columbran un símbolo en cada personaje, una alegoría en cada episodio y un sentido esotérico en el conjunto de la concepción? No ha habido desertor de la cordura ó aficionado á las Letras que haya dejado de atribuirse el derecho de destilar el *Quijote* por su particular alambique; por maravilla, podrá señalarse capítulo, línea ó palabra de la novela en que no se haya brujuleado prolijamente, ni frase que no haya sido desmenuzada, ni aspecto al que no se haya embestido con verdadero encono, ni rendija por la que no se haya atisbado con importuna curiosidad, trocando de esta suerte el celo plausible que es justo que inspire el estudio de las creaciones del

genio, en la impertinencia intolerable que significa manosearlas con cualquier pretexto trivial; porque hasta la locura de Don Quijote ha servido de blanco á unas absurdas lucubraciones patológicas, que inauguró en 1835 D. Antonio Hernández Moreno, y cuyos continuadores, españoles y franceses, viendo rara novedad en la tarea de glosar la primera novela del mundo con el aparatoso tecnicismo de la clínica, han enristrado un conjunto de observaciones acerca de lo que debieron ser los progenitores de Alonso Quijano; de los estigmas degenerativos que en éste aparecían; de las internas y externas manifestaciones de su vesania; de la lesión de sus centros cerebrales y del plan terapéutico que hubiera podido seguirse en su tratamiento, que son, por lo menos, tan ridículas como el famoso acuerdo tomado por los académicos de Troyes, cuando se les ocurrió la idea empecatada de comisionar á uno de ellos con el fin de que, trasladándose á España, buscase en la biblioteca de El Escorial el manuscrito arábigo de Cide Hamete Benengeli, que creían á pie juntillas haber sido el paradigma del *Quijote,* y, por añadidura, para que averiguase todo lo referente á la muerte de Grisóstomo, obtuviese un testimonio autorizado del testamento del pastor y copiase fielmente el epitafio que Ambrosio mandó esculpir en su rústica sepultura.

Pero no es la plaga de comentaristas el único signo manifiesto de la gloria de Cervantes; lo son, asimismo, sus detractores, casta de adversarios que con relación á las grandes figuras del pensamiento viene á representar un papel parecido al del *abogado del diablo* en la canonización de los santos, ó al del que impugna en la milicia la concesión del premio supremo del valor, con lo cual está dicho cuánto im-

porta que los tenga el positivo mérito, para que la consagración de la fama revista todo el carácter de aquellos lauros de excepcional estima que se otorgan en juicio contradictorio. Claro es que el contingente de tales detractores fórmanlo, de una parte, los que suplantan las dotes del talento con un continuo alarde de hostilidad á cuanto el mundo ha reputado digno de respeto, y, de otra, los que se hallan poseídos de aquella envidia insana, de la que decía Lorenzo Gracián que «en viendo alguna cosa excelente y rara, la toma de ojo y de tema». Ya en 1647, M. Sorel, el pedestre autor de *Le Berger Extravagant,* acusado por sus contemporáneos de haber plagiado el *Quijote,* revolvióse, en venganza, contra Cervantes, con furia de arpía, y trató de probar las inverosimilitudes de algunos pasajes de su obra maestra, empleando para ello una argumentación irrisoria que no le condujo á otro resultado que á poner de relieve sus menguadísimos alcances; Montesquieu, que en sus soporíferas *Cartas persas* luchó en vano por ostentar un ingenio que el cielo no quiso concederle, dijo que el *Quijote* es el libro español que se burla de los demás libros españoles, patentizando de esta suerte, ó que no logró entenderlo, ó que la afirmación fué dictada por la misma ojeriza que nos mostró en *El espíritu de las leyes;* y Barby d'Aureville, á quien llamó imbécil Víctor Hugo, no acertó á ver en Don Quijote más que un «héroe monótono, cuya gracia tiene siempre el mismo sabor de ajo y de refranes».

Entre nosotros, Cervantes tuvo y tiene también sus enemigos, á lo cual contribuyeron en su tiempo las naturales rivalidades del oficio, en complicidad con la flaqueza y la miseria humanas, y en el nuestro, ciertas parcialidades sectarias

que pretenden ejercer la dictadura intelectual de España, adoptando el estribillo aborrecible de hablar de ella con sistemático desprecio, y á cuya sombra ha crecido una multitud de aristarcos de ínfima cuantía, que en las fáciles veredas de la crítica negativa, en el olímpico desdén á la opinión ajena, en el olvido de la probidad mental, y en la esgrima de las artes de la audacia, especie de destreza que, á fuerza de ser frecuente en los días que alcanzamos, va haciéndose ya vulgar y hasta plebeya, hallan atajo comodísimo para adquirir la apariencia de entendimientos superiores. De ellos, han salido los que nutren las hordas de ese vandalismo literario, que no contento con sacar á las Letras de sus quicios, descalabra y escarnece al idioma con bárbara fiereza; de ellos, esos iconoclastas aventureros, que serían capaces de incendiar el mismo templo de Diana con tal de que su nombre anduviera en boca de las gentes; de ellos, los que osaron mofarse estúpidamente de la semblanza de Alvar Fáñez, que la pluma excelsa de Menéndez y Pelayo trazó en el segundo volumen de sus *Romances viejos;* de ellos, los que calificaron de inaguantable la gracia de Quevedo, de bellaco personaje á García del Castañar, de reaccionario á Calderón y de mentalidad de gramática parda á la de Lope de Vega; de ellos, en fin, han salido los que consideran al autor del *Quijote* como un mesnadero del fanatismo ó como un espíritu atávico, y aun aquellos otros, algo más cándidos, pero no por eso menos perniciosos, que movidos por su inmoderada pasión de lo heteróclito, sostienen que el fundamento de la fama de Cervantes es tan sólo la ignorancia común, idea que parece concebida con el único designio de ganar por la mano á cualquiera otra extravagante temeridad que en adelante pueda pen-

sarse ó escribirse, y que sería inexplicable si no se tuviese en cuenta que el ansia de la originalidad guarda cierta analogía con el hambre, de la que se dice en *La Gitanilla* que «tal vez hace arrojar los ingenios á cosas que no están en el mapa».

* * *

Y agrava tanto más el hecho de que estas irreverencias y ultrajes hayan sido perpetrados por quienes nacieron del lado de acá de las fronteras, cuanto que es Cervantes uno de nuestros escritores en el que se advierte mayor y más acendrado españolismo, cualidad que corona con áurea diadema su labor fecunda, y cuyo más preciado mérito consiste en no ser producto de un propósito deliberado de ostentarlo, sino de un sentimiento de tan viva vehemencia, que rebosándole del corazón, fluía por sí solo á los puntos de su pluma. ¿Cómo, en efecto, no reconocer el cariño que profesó á su pueblo, cuando vemos que en el *Persiles* llama á España tierra de promisión, centro de extranjeros, madre común de las naciones, y en la *Canción á la pérdida de la Invencible*, madre de los valientes de la guerra? ¿Cómo no confesar lo intenso de aquel amor, cuando nos dice que la vista de las costas de España le hizo olvidar todas las penalidades de su cautiverio, ó cuando reparamos en el sincero entusiasmo con que habla en el *Quijote* de la legendaria intervención de Santiago en las épicas lides de la Reconquista, de los «valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés», ó de las proezas caballerescas de Don Juan de Austria? ¿Cómo no descubrir su devoción á nuestras armas, cuando declara en *El Vizcaíno fingido* que «la infantería española lleva la gala á to-

das las naciones», ó cuando en los tercetos conmovedores de la *Epístola á Mateo Vázquez* alude á la victoria de Lepanto, de la que dijo años más tarde que antes quisiera haberse hallado en facción tan prodigiosa, que sano de sus heridas sin haber estado en ella? En todas las páginas de sus libros fué sembrando testimonios de este afecto: la protagonista boloñesa de *La Señora Cornelia* fía de españoles los más íntimos secretos de su honra; á su hermano Lorenzo Bentibolli le hace exclamar que llevando un español á su lado, hará cuenta que lleva consigo á todos los ejércitos de Jerjes; en *La Galatea,* pone en boca del sacerdote Thelesio la afirmación de que cada uno de los vates nombrados por Caliope, «al más agudo extranjero se aventaja»; en el *Viaje del Parnaso,* no vacila en salir al encuentro de la envidia, que murmuraba de la excesiva benevolencia de las Musas, por haber hallado nueve poetas españoles merecedores de las coronas concedidas como galardón en el certamen; y en el *Quijote,* en el que había colocado á la Universidad de Salamanca á idéntico nivel que las famosas de Bolonia y de París, erígese en campeón de los fueros del romance y no quiere transigir en modo alguno con los que apasionados del estudio de las Humanidades, que avivó el soplo del Renacimiento, llevaban su culto á los poetas de Grecia y Roma hasta el extremo de desdeñar el idioma patrio, por juzgarlo, como lo juzgaban los discípulos del Marqués de Villena, rudo y desierto para expresar los que ellos llamaban «angélicos concebimientos virgilianos», y sostuvo frente á ellos y con análoga orientación á la de su contemporáneo Pedro Simón Abril en los *Apuntamientos* dirigidos al Rey, que si Homero no escribió en latín, porque era griego, ni

Virgilio escribió en griego, porque era latino, debía imitarse este ejemplo en todas las naciones, y no desestimarse al alemán porque escribiese en su lengua, ni al castellano, ni aun al vizcaíno, porque escribiesen en la suya, criterio que nos explica, no solamente el esmero con que cultivó la nuestra, sino también que fuese, en cierto modo, su salvador providencial, pues cuando comienza á declinar aquel decir augusto de los poetas y prosistas del siglo XVI, él supo recoger, como en resumen, el oro purísimo de su léxico, para legarnos el dechado definitivo del habla de Castilla y dejar en sus giros, modismos, refranes y proloquios toda el alma española de su tiempo.

Y es de notarse que Cervantes amó á España en su unidad, y que jamás se albergó en su intención la idea de ensalzar á región determinada valiéndose de odiosas comparaciones, cual si con ello hubiera querido señalarnos la norma de lo que debe ser el amor á la patria común, para evitar antagonismos y rivalidades suicidas y conseguir la fraternal concordia de todos los que tenemos la suerte de cobijarnos bajo su bandera. Por eso, si vió en Castilla la tierra «en que vive de asiento la poesía» y dió á Burgos el dictado de «ciudad ilustre y famosa», no se olvidó de consagrar un recuerdo á la Montaña de León, cuna de aquella hidalga estirpe de los Viedmas; si dijo de Salamanca «que enhechiza la voluntad de volver á ella á todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado», no dejó tampoco de aludir más de una vez á la nombradía universal de la gran Cómpluto; si cantó en el *Persiles* las excelencias de Toledo y los paisajes de la Sagra, hizo en el *Quijote* el elogio de Aragón, declarando que ganar fama sobre los caballeros aragoneses, sería ganarla

sobre todos los del mundo; si en el *Canto de Caliope* entonó los loores del Tajo, avalorándolos con el recuerdo de Garcilaso, y llamando á sus riberas mansión de divinos espíritus, alabó más tarde en el *Ingenioso Hidalgo* la amenidad de las márgenes del Ebro, «la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso y la abundancia de sus líquidos cristales»; y si ponderó las excelencias de Andalucía, calificando á Granada de buena patria, y escribiendo de Sevilla «que en grandeza, no sólo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes», no omitió llamar á Barcelona «flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España».

Pero en donde más se advierte su acendrado y efusivo españolismo es en los asuntos que elegía para matizar sus narraciones con pintorescas escenas episódicas, y en este respecto bien puede asegurarse que llevaba dentro del alma toda la vida nacional, pues aun prescindiendo del *Quijote,* que por ser la obra cuyo principal objeto es precisamente aquella vida, no es extraño que abunde en expresivos cuadros de esta índole, no hay libro de Cervantes en el que no resplandezca el mismo sentimiento. Ábranse las *Novelas ejemplares*, y sin salir de ellas, entretejida con sus argumentos, y aun quizá destacándose por su artificio como algo superior á ellos mismos y cual verdadero *exemplar vitae morumque* del precepto horaciano, se hallará una imagen fidelísima y certera del espléndido panorama que ofrecía la nación española en los albores del siglo XVII. Allí encontraremos una extensa galería de la gente de la hampa, tema favorito de los predecesores de Cervantes, en las características pinturas que hace de los ranchos de los gitanos, de la banda de Monipodio, de las descocadas mozas del partido, que así estaban pro-

picias á encubrir las fechorías de los rufianes, como á disponer las candelas que habían de alumbrar á las efigies devotas; de las canallescas almadrabas de Zahara; de los jiferos sevillanos; de las famosas hechiceras de Montilla y de los cuitados á quienes sus malandanzas y esquiva fortuna tenían recluídos en el Hospital de la Resurrección de Valladolid; allí surgirá ante nuestros ojos la visión rediviva de las costumbres populares, tales como las fiestas de Santa Ana, en Madrid; las veladas del río, en Toledo; las tonadas y bailes entonces en uso; las serenatas de los cortejadores nocherniegos y las peregrinaciones á Compostela y á Monserrat; allí veremos las peripecias de los viajes, la indicación de los itinerarios, las gráficas descripciones de posadas y mesones, cuales el de Castilblanca ó el *del Sevillano;* el aparato y séquito con que caminaban los señores y los riesgos que corrían los viandantes de ser salteados por cuadrillas de bandoleros, como las de Igualada y Barcelona; allí daremos con más de un pasaje en que se nos habla de la precaria situación de los comediantes y de las bufonadas á que tenían que apelar para divertir al ignaro auditorio de aldeas y villorrios; allí podemos conocer el modo de vivir de los escolares de Salamanca y admirar el bosquejo estupendo de aquel estudio de gramática de Sevilla, que trae á la memoria las comedias humanísticas y evoca el clásico recuerdo de los *Coloquios* de Vives y de Erasmo; allí se nos presentarán notas de brioso color referentes á las levas de soldados, como el relato del mozo que se dirigía á Italia á probar fortuna, ó el de las compañías que iban á embarcar en Cartagena, y allí, en fin, á distancia de tres siglos, nos será posible contemplar el lozano espectáculo del Guadalquivir cuando llegaban las flotas de

América, conocer las especias y riquezas que de aquel continente traían nuestras naves, las derrotas seguidas por los navegantes, las arterías de piratas y corsarios, las pendencias de la chusma de las galeras y el contingente que daban á la población del Nuevo Mundo los que acudían al recurso de pasarse á las Indias, calificado en *El celoso extremeño* de «amparo de los desesperados de España».

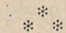
En ninguno de sus libros dejó Cervantes de dar acogida hospitalaria á este riquísimo tesoro que la patria le brindaba: los argumentos de sus entremeses y comedias proceden de la solera hispana; el *Viaje del Parnaso* consagrado fué á los ingenios españoles, y asuntos españoles cantó también en gran número de sus poesías; aun en *La Galatea,* á pesar de lo complicado de la narración, y á vueltas de los alambicados conceptos amatorios de los fingidos pastores, descúbrese á cada paso lo que pudiéramos llamar el elemento indígena; y hasta en el *Persiles,* con ser tan bizantino en su idea, tan embrollado en la acción y de maraña tan insólita en la trama, parece como que el autor, sintiendo la nostalgia del ambiente de España, descansaba de vez en cuando del supremo esfuerzo imaginativo que le costara navegar por aquel piélago proceloso de extraordinarias aventuras, deteniéndose en los parajes que le eran familiares á conversar con las gentes que hablaban en su lengua, pues si no da fin á la primera parte sin que nos presente los corrillos de los hidalgos rurales, la morisca Zenotia y aquel Antonio, tan genuinamente español en su mente y en sus palabras, introduce en la segunda los cómicos de Badajoz; sustituye los nombres bárbaros de Periandros, Cratilos y Solercios, por los castizos de Pizarros, Orellanas y Tenorios; reemplaza los fabulosos es-

cenarios, localizados en regiones que nunca conocieron los cosmógrafos, por las tierras de Guadalupe y por los campos de Talavera; hace mención de las más renombradas romerías de la Península; retrata á los peregrinos de profesión; narra el cuento donosísimo de los dos alcaldes, é inserta, por último, aquella carta del sentenciado Bartolomé Manchego, que es, por su donaire y gracejo, digna de figurar al lado de la inolvidable epístola que escribió á su sobrino Pablos el verdugo de Segovia.

Y no son tan sólo estos cuadros admirables los que proclaman el sólido amor que Cervantes profesó á su patria, pues lo acreditan también, y acaso con mayor evidencia interna todavía, las pruebas inconcusas que dejó en sus obras de haber meditado constantemente en cuantos problemas eran entonces de interés nacional y de haber experimentado agudísimo dolor ante la decadencia de nuestra política en Europa. Así puede observarse cuando se lamenta de la ocasión que dejaron escapar los generales de Lepanto de apoderarse de toda la armada de los turcos en el puerto de Navarino, ó cuando condoliéndose del marasmo que había sucedido á las bélicas empresas de Carlos I y de Felipe II, dice que en las galeras de España reinaba mayor tranquilidad de la que fuera menester, ó cuando con motivo de la expulsión de los moriscos, pone en boca de Ricote una disimulada, pero amarga indicación, en la que resalta el contraste que ofrecían la tolerancia de Alemania y el criterio intransigente de los ministros de Felipe III. Grande fué, sin duda, la tristeza que produjeron en su espíritu aquel Estado, que al salir de la férula de los teólogos, iba á caer en manos de los legistas; aquel Poder que veía hundirse su prestigio y trataba de encubrir su

flaqueza con un diluvio de leyes, cuya ineficacia inspiró á Don Quijote el consejo que daba á su escudero de que hiciese pocas pragmáticas y que procurase que éstas fuesen guardadas y cumplidas; y aquella justicia, que tenía en su cima una magistratura encomendada á jueces ramplones que habían asentado en su mollera la famosa ley del encaje, ley «que tanta cabida tiene entre los ignorantes que presumen de agudos», y en sus ínfimos oficios una guarida de procuradores, escribanos, alguaciles, corchetes y cuadrilleros de la Santa Hermandad, confabulados con ladrones, jaques, venteros y rameras; profunda fué la pena que le causaba aquella nación cuyas jerarquías sociales componíanse de unos próceres que, olvidados de su historia, consagraban sus energías á las frivolidades imbéciles que se retratan en las escenas del castillo de los Duques y entregaban su voluntad á los que en todos los tiempos pretenden «que la grandeza se mida con la estrechez de sus ánimos»; de una clase media, formada por hidalgos de gotera que divertían el hambre con las vanas prerrogativas de sus pergaminos y con las disputas de linajes, ó por ricachos como Don Diego de Miranda, que preocupándose mucho de estar en cómoda paz con Dios y con los hombres, solamente habían acertado á reunir en su persona las cualidades que se requieren para ser perfectamente inútiles en el mundo, y de un pueblo al que ni su tedio ingénito consentía comprender el valor del esfuerzo propio para mejorar de suerte, ni su mente concebir otras reglas de conducta que las que hallaba en el resobado repertorio de sus proverbios; honda, en fin, muy honda fué la aflicción que sentía al contemplar aquella sociedad que con la brújula perdida y próxima á perder también la confianza en sus destinos, dejaba triunfar

«la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía y la teoría de la práctica de las armas»; que embaucada por supersticiones, sortilegios y maleficios, daba crédito á los hechizos, á las brujas, á los alumbrados y á los espíritus familiares; que había puesto en boga la astrología judiciaria é impulsaba á los inquisidores á destruir el inocente juguete de la cabeza encantada para que no ocasionase escándalo en el vulgo; que proporcionaba oportunidad para que surgiese toda una política de manicomio, representada por los arbitristas, y que prefería quemar la *Historia del Gran Capitán* y la *Vida de Diego de Paredes* antes que los libros de *Don Cirongilio de Tracia* y de *Felixmarte de Hircania.*



Fácil sería acumular pruebas innúmeras de que el escritor egregio sintió la patria intensamente y de que en ella obtuvo el más caudaloso raudal de inspiración; y, por eso mismo, porque amó á su patria, amó también su Historia, comprendió la perdurable poesía de sus tradiciones, ahondó en la observación del carácter de sus hijos, reconoció sus excelencias, dióse cuenta exacta de sus defectos y deseó su gloria con ferviente anhelo. Y este es, señores, en mi opinión, el alto ejemplo que nos legó Cervantes y la enseñanza primordial que en los actuales momentos debemos deducir de sus obras. *Sanctus amor patriæ dat animum.* Sí; es preciso volver nuestra mirada á España, tenerla siempre presente en nuestros actos y no perder de vista un solo instante lo mucho que de nosotros exige su prosperidad futura; es absolutamente necesario que lo de casa nos intere-

se más que lo de fuera; que reconozcamos la vergüenza y el oprobio que supone resignarse á ser tributarios de exóticas ideas, y que vayamos habituándonos á la práctica saludable y viril de no imitar del extranjero, sino aquello que Cervantes quería que se imitase de Homero y de Virgilio, que era el haber escrito en la lengua nativa, ó sea, en este caso, la cualidad de pensar con nuestro pensamiento, de obrar con nuestra voluntad, de tener fe en nuestro trabajo y perseverar en él, de ejercer realmente el apoderamiento de nuestra tierra, que, según el código alfonsino, se torna *en pro et en honra* del pueblo, y de aprovecharnos de todo lo útil que nos ofrezcan las orientaciones de nuestra Historia para hacer obra vividera. De todo lo útil, he dicho; con lo cual expreso que estoy muy lejos de sostener que sea lícito sacar de las tumbas lo que descendió á su seno; ¡no!; lo que está muerto tiene derecho al reposo, y cuando los pueblos cometen la insensatez de exhumarlo y pretenden prolongar su existencia de un modo ficticio, se exponen á sufrir terribles descalabros. Pero á veces, la muerte arrastra en su carrera ideales en flor, que, aunque por la conjunción de adversas circunstancias no llegaron á dar fruto, conservan íntegra su virtualidad; habréis oído que al lado de los sarcófagos de los Faraones, halláronse ánforas llenas de trigo, que el ritual funerario de los egipcios depositó en los hipogeos, creyendo que con él se sustentaban los que partían de este mundo en su peregrinación ultraterrena; y aquellos granos, que brotaron á los rayos de un sol de hace cinco mil años y absorbieron los jugos de la tierra fecundada por las aguas que ha cincuenta siglos llevó el Nilo en su corriente, no habían muerto, aunque estaban en los dominios del sepulcro, y puestos de nuevo en

contacto con la tierra y con el sol, despertáronse sus gérmenes, lanzó la simiente sus plúmulas á la luz, crecieron los tallos, doráronse las espigas, y el pan de ellas obtenido, que no pudo alimentar los cuerpos inanimados de los monarcas de Menfis, se convirtió en substancia de los hombres que nacieron en el siglo XIX. De la misma suerte, hay entre las cenizas del pasado ideales á los que la fatalidad hizo entonces ineficaces, pero que no mató, y que esperan el día en que hayan de ser de nuevo traídos á la vida por quienes no intenten nutrir con ellos los fríos despojos de los muertos, sino la sangre y el alma de los vivos.

¿Quién sabe, señores, si Cervantes tendrá aún otra grandiosa misión que cumplir, siendo factor de influjo decisivo en la restauración de nuestras relaciones espirituales con aquellos pueblos de más allá de los mares á los que España dió el ser? El asunto reviste hoy importancia excepcional, porque no ha hecho un año todavía, se celebró en los Estados Unidos una magna asamblea en la que estuvieron representadas casi todas las naciones de ambas Américas, y en la que, puesta la mira en la doctrina de Monroe, se trató de fijar los primeros jalones del camino que habría de conducir á la compenetración de sentimientos y de intereses de todas ellas, con objeto de ponerlas en condición de reemplazar á Europa en la acción directora que ha ejercido y ejerce en el mundo, idea no tan nueva que no tenga un precedente casi secular en el pensamiento de Simón Bolívar, cuando preconizaba la conveniencia de establecer el equilibrio entre la República norteamericana y los Estados de origen español. Mucho, en efecto, puede la voluntad y fuerza considerable hay que reconocer á las circunstancias, sin excluir aquellas que

derivan del acaso; pero más fuerza tienen, sin duda, las leyes naturales, y, por eso, yo no participé nunca de los negros temores de algunos que han supuesto que el principio que inspiró á la mencionada asamblea, producirá á la postre el fracaso del movimiento que ha tiempo se observa entre nosotros para llegar á una solidaridad con los pueblos de América del Sur, porque aunque es cierto que este movimiento, á pesar de tener á su servicio entusiastas é ilustres paladines, no ha encontrado el apoyo efectivo de quienes pudieran hacerle salir de los nimbos de una concepción romántica, incuria que ha dado lugar á que otras naciones se nos anticipen con sus inciativas, también lo es que hasta el presente, y por fortuna, tales iniciativas no han ido más allá de la esfera meramente económica. Y cuando digo *por fortuna,* no es que yo piense que obramos cuerdamente al no conceder á este orden de la actividad toda la importancia histórica que tiene, ni que es disculpable que no le consagremos solícita atención; quiero decir, únicamente, que no creo que aquel orden sea el orden primordial de la vida, ni que él, por sí solo, sea el fundamento de aspiraciones dignas de llamarse humanas. Salustio escribía á Cayo César que el más insigne beneficio que podía hacer á su patria era sofocar la desmedida pasión de las riquezas que dominaba en Roma, porque este era el primer paso para conseguir la prosperidad de la república, y agregaba que cuando tal pasión llega á arraigarse, son completamente estériles los esfuerzos del saber, y hasta el corazón, tarde ó temprano, sucumbe. El consejo es de evidente aplicación á nuestros días; la ola de positivismo materialista que invadió al siglo XIX y que aún parece haberse encrespado más en lo que va de la actual centuria, está, sin duda,

próxima á romper, si es que no ha roto ya con fragor formidable en la sangrienta guerra á que asistimos, y que coloca á Europa en circunstancias tales que, como diría Saavedra Fajardo, «hasta á los mismos dioses hace sudar», y es posible que los pueblos que sufren sus estragos se encuentren en vías de convencerse de que el interés económico, aunque ineludible, si se toma como fin exclusivo ó siquiera principal de la existencia, sólo conduce á considerar al alma como una carga insoportable. Ley de Naturaleza es, ciertamente, la lucha por la vida; pero no hay que olvidar que esta ley hállase también sujeta á la evolución, y que, por consecuencia, mientras aquella lucha se manifieste en la esfera de los bienes materiales con más vigor que en la de los ideales éticos, debemos deducir que no ha salido aún de los primeros grados que en el proceso evolutivo caracterizan á las especies inferiores. Por algo más y con mayor pujanza que por aquellos bienes deben combatir los hombres, y como señal infalible de progreso ha de reputarse que experimenten los estímulos de alcanzar más elevadas victorias. Dentro y no fuera del espíritu, es en donde hay que buscar el módulo que contenga las proporciones á que ha de sujetarse cada una de las humanas energías; de la manera peculiar de entenderlo, derivará el carácter y sentido que cada pueblo imprima á su acción civilizadora; y si esto se entiende así, si las naciones se ponen no más que en camino de entenderlo, ¿quién duda de que las que por tener la misma procedencia y la misma historia, tengan también la misma complexión mental, están llamadas á cumplir un fin común y solidario? Por eso, desde esta Academia, en la que siempre se ha rendido culto ardiente á la patria en que nacimos, y con la solemne ocasión del tercer

Centenario de Miguel de Cervantes, me atrevo á dirigir mi humilde voz á los pueblos sudamericanos, para decirles:

Tened presente vuestro origen; no olvidéis que hasta los comienzos del siglo XIX, vuestra vida y la nuestra caminaron con el mismo rumbo, y que si desde entonces nos separan las fronteras que exige la soberanía política, no hay soberanía con virtud bastante para romper los vínculos eternos de la raza. Juntos vivimos hasta hace cien años, y, por tanto, vuestras son las glorias de España y en ellas se fundan los entronques de una ejecutoria de hidalguía que os autoriza á poner en el blasón los cuarteles de castillos y leones; pensad que en vuestro idioma cantaron los juglares las hazañas de Fernán González, los patéticos episodios del cerco de Zamora y las gestas del Cid; que de él se valió Gonzalo de Berceo para traducir con candor adorable los místicos prodigios de las leyendas cristianas; que en él hablaron las serranas, dueñas, clérigos y estudiantes del *Libro de Buen Amor* y los asombrosos personajes directamente ofrecidos por la realidad al autor de la *Celestina;* que en él expresó sus nobles sentimientos Bustos Tavera, y lloró Segismundo las inclemencias de su destino, y reflejó el *Burlador* los trágicos terrores de su agonía; que con él se labró esa prosa castellana en la que la deidad del idioma puso tan múltiples matices, que logra ser ingenua, al par que grave, en las *Partidas,* tersa y lapidaria en la *Guía de Pecadores,* sobria y enérgica en las *Letras* de Pulgar, y maravillosamente pintoresca en la *Vida del Buscón;* pensad, en fin, que vosotros tenéis la dicha de haber recibido de labios de vuestras madres la enseñanza que os basta para poder leer en la lengua en que fué escrita la obra más excelsa que han producido los tiem-

pos, obra de perenne fragancia, de fulgor inextinguible, que no morirá jamás, porque la Humanidad la ha incorporado ya á su patrimonio. Esa obra se encargará de recordaros vuestra progenie, ya que no es posible que consideréis como extranjero al autor del *Ingenioso Hidalgo,* ni que dejéis de escuchar una voz misteriosa que sale de las líneas del libro soberano y que os dice que Cervantes no es, no puede ser para vosotros lo mismo, sino algo más de lo que son otros genios inmortales, aunque estos genios lleven los nombres de Dante, de Shakspeare y de Goethe. Oid con intensa veneración esa voz; dejad que se interne en vuestros corazones y no perdáis uno solo de sus acentos, porque en ellos va envuelto el espíritu de España, el alma toda de esta vieja Patria, que desde las páginas del *Quijote* os tiende sus brazos amorosos.

HE DICHO.

